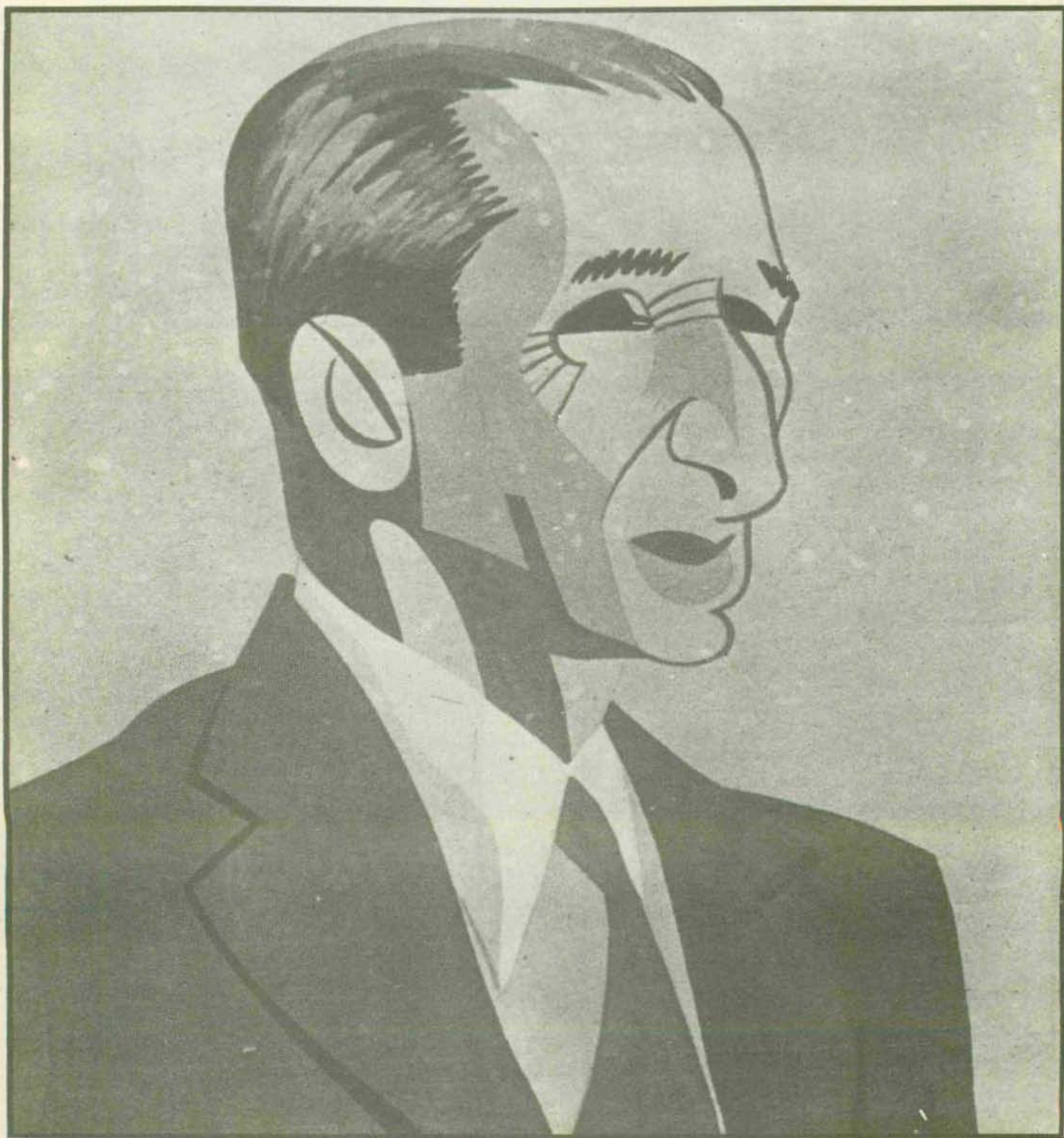


Medio siglo de sindicalismo español

# Angel Pestaña

Eduardo de Guzmán

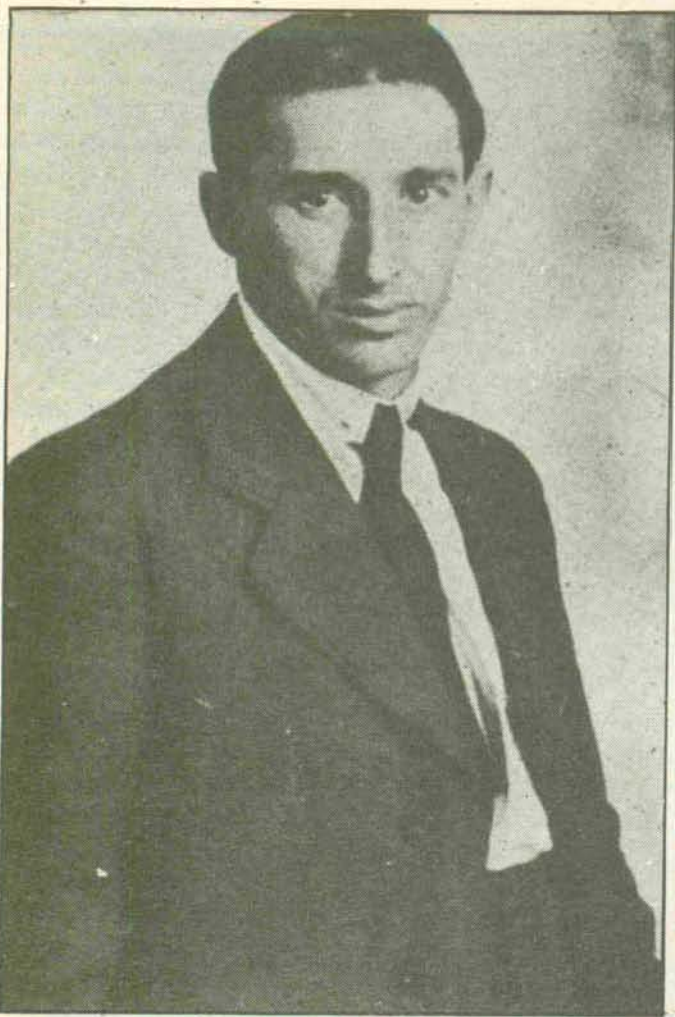


**H**OY como ayer y como siempre las figuras más destacadas del anarcosindicalismo español —Lorenzo, Mella, Saguí, Quintanilla; Villaverde, Peiró, etc.— gozan de extraordinaria popularidad entre el proletariado de su tiempo, pero suelen ser poco y mal conocidas en los ambientes políticos e intelectuales del país, acaso como consecuencia de su visceral desdén por las contiendas electorales y los puestos de relumbrón. Generalmente, no es mucho lo que se sabe de ellos y menos aún de la dura crítica a que —unas veces en vida y otras después de muertos— son sometidas sus ideas, actitudes y orientaciones, suscitando en ocasiones las más encendidas polémicas en los círculos en que siempre se movieron. Y como el sindicalismo revolucionario hispano —pese a englobar en determinados momentos a la inmensa mayoría de los trabajadores organizados— Sigue siendo un mundo cerrado, totalmente incomprensible para la intelligentia oficial dominadora de los medios de comunicación, nada de esto trasciende al gran público, que nunca llega a enterarse de su fuerza real y de su profundo arraigo popular. De ahí, la enorme sorpresa y desconcierto que la potencialidad demostrada por ese sindicalismo en las horas culminantes de nuestra historia contemporánea produce en tirios y troyanos, muy especialmente entre quienes presumen de estar perfectamente informados de algo que, en realidad, desconocen en absoluto.

**E**JEMPLO claro y concreto de todo lo precedente es la confusión reinante en torno al pensamiento, significación y trayectoria de Angel Pestaña. Si durante la pasada e interminable dictadura una llamada izquierda falangista pretendió nada menos que anexionárselo en virtud de supuestos parecidos entre sus ideales y la famosa revolución pendiente de que hablaban constantemente quienes estaban dispuestos a impedirla a toda costa, no faltan ni antes ni después individuos o grupúsculos de las más variadas tendencias que le hacen figurar con razón o sin ella entre sus inspiradores. Aunque de Angel Pestaña se habla con frecuencia en el último medio siglo, pocas veces se hace con acierto, justicia y conocimiento de causa. Es frecuente, por el contrario, que quienes le nombran ignoren su historia e incluso deformen deliberadamente los episodios fundamentales de su trayectoria ideológica. A incrementar el confusionismo en torno suyo no escasean, tampoco, los que conociendo perfectamente su pensamiento y evolución se dejan ganar por la pasión partidista y le exaltan hasta las nubes o pretenden arrastrarle por el fango. El primer mérito de Angel María de Lera —autor del libro recientemente aparecido «Angel Pestaña, retrato de un anarquista»— es eludir ambos extremos y trazar una imagen serena y ponderada del famoso luchador sindicalista, muerto en plena guerra civil, cuando más necesaria y útil podía ser su aportación a la causa del pueblo.

#### UN BIOGRAFO ADECUADO

Sería difícil encontrar persona más idónea para escribir una biografía de Pestaña que Angel María de Lera. Se trata, por un lado, de un viejo periodista de raza y de un novelista que incluso durante el franquismo, luchando con todo género de limitaciones y condicionamientos, conquistó amplia y sólida nombradía y cuya tetralogía del final de la guerra civil y la desoladora peripecia vital de los vencidos resulta difícilmente superable. De otro, de un hombre que conoció personalmente al biografiado, cuya ideología compartió, con el que departió ampliamente tanto en los actos de propaganda y en la redacción de «El Sindicalista», como en su actuación de comisario una vez comenzada la guerra. De escritor que no tuviera su amor entrañable a la verdad y su sentido de la medida, podría temerse que convirtiera la biografía en un apasionado panegírico en que se escamoteasen los defectos humanos del personaje para exaltar hiperbólicamente sus virtudes hasta convertirlo en un superhombre nietzscheiano.



Según Joaquín Maurín, «personalmente, Pestaña produjo una excelente impresión a los dirigentes comunistas, sobre todo a Lenin, que en seguida descubrió lo que Pestaña era: un obrero inteligente y puritano, dotado de un gran don de observación y sentido crítico, para quien la idea de la libertad era la piedra angular de su edificio ideológico». (Ángel Pestaña hacia 1920).

Lera tiene el talento y la habilidad suficientes para no caer en deplorables excesos. Sin ocultar en ningún momento sus simpatías por el fundador del Partido Sindicalista, mantiene en todo momento un tono de laudable objetividad. Traza con acierto el perfil físico y psíquico de Pestaña, señalando con acierto la maduración de su personalidad, desde el niño que a los once años tiene que empezar a trabajar en una mina hasta el hombre seguro de sí mismo que afronta con serenidad las situaciones más conflictivas y arriesgadas. El libro no es sólo un relato completo de la accidentada existencia de un luchador obrero y de la formación de su conciencia, sino algo más difícil y meritorio: un cuadro admirable y exacto de las épocas y los ambientes, tan variados y cambiantes en el transcurso del tiempo, en que el biografiado desarrolla sus actividades.

Si, como dijo Ortega, el individuo no es sólo él mismo, sino las circunstancias que le rodean y en cierto modo le condicionan, Ángel María de

Lera sabe recrear —con acierto, en que se mezclan la habilidad del novelista con la documentación del historiador— las diferentes situaciones económicas y sociales en que Pestaña se ve inmerso: las condiciones de trabajo en las cuencas mineras de León, Asturias y Vizcaya en los finales del siglo pasado y comienzos de éste; los dolores de la emigración a Francia primero y Argelia después; las sangrientas luchas sociales de Barcelona durante la primera guerra mundial y los años siguientes con un terrorismo que culmina en Martínez Anido y Arlegui; las repercusiones en España de la revolución de octubre es la toma de posición de las organizaciones obreras hispanas, tras los viajes informativos de sus representantes a la Rusia soviética; las esperanzas populares en la Segunda República española y su choque con la realidad y las circunstancias que determinan la catástrofe nacional de 1936. Son los cincuenta y dos años que vive Ángel Pestaña acaso los más plétóricos de acontecimientos de toda nuestra historia moderna. Lera no se limita a una narración superficial de los hechos; penetra en su entraña y sin perder en ningún momento el hilo de la vida de su biografiado ni apartarse un ápice de la verdad de los hechos, logra un relato que se lee con el mismo interés apasionado de la mejor obra de ficción.

## UNA VIDA DE LUCHAS

Nacido en 1886 en un pueblecito leonés, hijo de un trabajador analfabeto que se gana difícilmente su pan y el de los suyos laborando como peón en la perforación de túneles ferroviarios o galerías mineras, la infancia de Ángel Pestaña es triste, amarga y desolada. El matrimonio de sus padres se rompe pronto y la madre se marcha sin que el chico vuelva a saber de ella una sola palabra. El hijo se queda con su padre que, buscando siempre trabajo, va de un lado para otro por todo el norte de España. El niño asiste cuando puede a la escuela donde aprende a leer y escribir, sin perjuicio de trabajar de manera esporádica. A los once años tiene que hacerlo ya de una manera permanente, en una mina donde le pagan cinco reales diarios. Tres años después, el padre, que trabaja lo mismo que el hijo en una mina vizcaína, enferma y muere. Tras enterrarle, Ángel, que acaba de cumplir los catorce años, se encuentra solo y con una deuda de 27 pesetas. Para pagarla y salir adelante, vuelve a la mina al día siguiente del entierro.

La adolescencia de Pestaña es una lucha constante con la miseria que le cerca, trabajando sin cesar y aprendiendo los más diversos oficios. Se

rebela muy pronto contra las injusticias que le rodean y tiene su primer choque con la justicia histórica cuando por intervenir en un mitin en Sestao en defensa de la jornada de ocho horas es detenido, apaleado, encerrado durante varios meses en las cárceles de Valmaseda y Bilbao y sometido a un largo proceso. Cuando recobra la libertad tiene que emigrar a Francia al no hallar trabajo en su patria y es detenido en París por la policía francesa. Regresa a España, pero tiene que marchar de nuevo al país vecino perseguido por sus ideas y amenazado por el proceso de Sestao.

Trabaja unos meses en la vendimia francesa y en otras labores campesinas. Un compañero valenciano le enseña el oficio de alpargatero. De Cette, donde reside una temporada, pasa a Argel; en Argelia se defiende bastante bien con otro oficio —el de relojero— aprendido al parecer en Bilbao y que será su principal sustento el resto de sus días. Ganado por el sindicalismo revolucionario y las ideas ácratas, desde Argelia se mantiene en estrecho contacto con los anarquistas catalanes, escribiendo con frecuencia en «Tierra y Libertad». A mediados de agosto de 1914, pocos días después de iniciarse la primera guerra europea, Pestaña abandona Argel para trasladarse a Barcelona, que será en adelante donde desarrolle la mayor parte de sus actividades.

Llega a Barcelona en una hora crítica en que los conflictos sociales alcanzan una progresiva violencia a medida que aumenta la intransigencia patronal enloquecida por los ingentes beneficios que a la industria catalana proporciona la guerra que arde en toda Europa. Pestaña, ya conocido por sus artículos en las publicaciones libertarias, logra una rápida popularidad por su eficaz labor organizativa y sus intervenciones en asambleas y mítines. En 1916 es secretario del comité regional de la C. N. T. de Cataluña y algunos extremistas llegan a contraponerle a la figura más descollante del anarcosindicalismo español —Salvador Seguí, el famoso Noi del Sucre— al que consideran demasiado moderado y contemporizador. En cualquier caso, Pestaña participa en las negociaciones con la U. G. T., que en diciembre de 1916 desencadenan en toda España una huelga general que tiene pleno éxito y el famoso movimiento revolucionario de 1917 que, aun fracasando, determina un cambio sensible en la situación político-social de España, iniciando prácticamente la etapa revolucionaria que los historiadores conocerán como «trienio bolchevique» que se extiende de 1919 a 1922.

El triunfo de la revolución rusa encuentra eco profundo entre los trabajadores españoles. En el segundo congreso nacional de la C. N. T. cele-



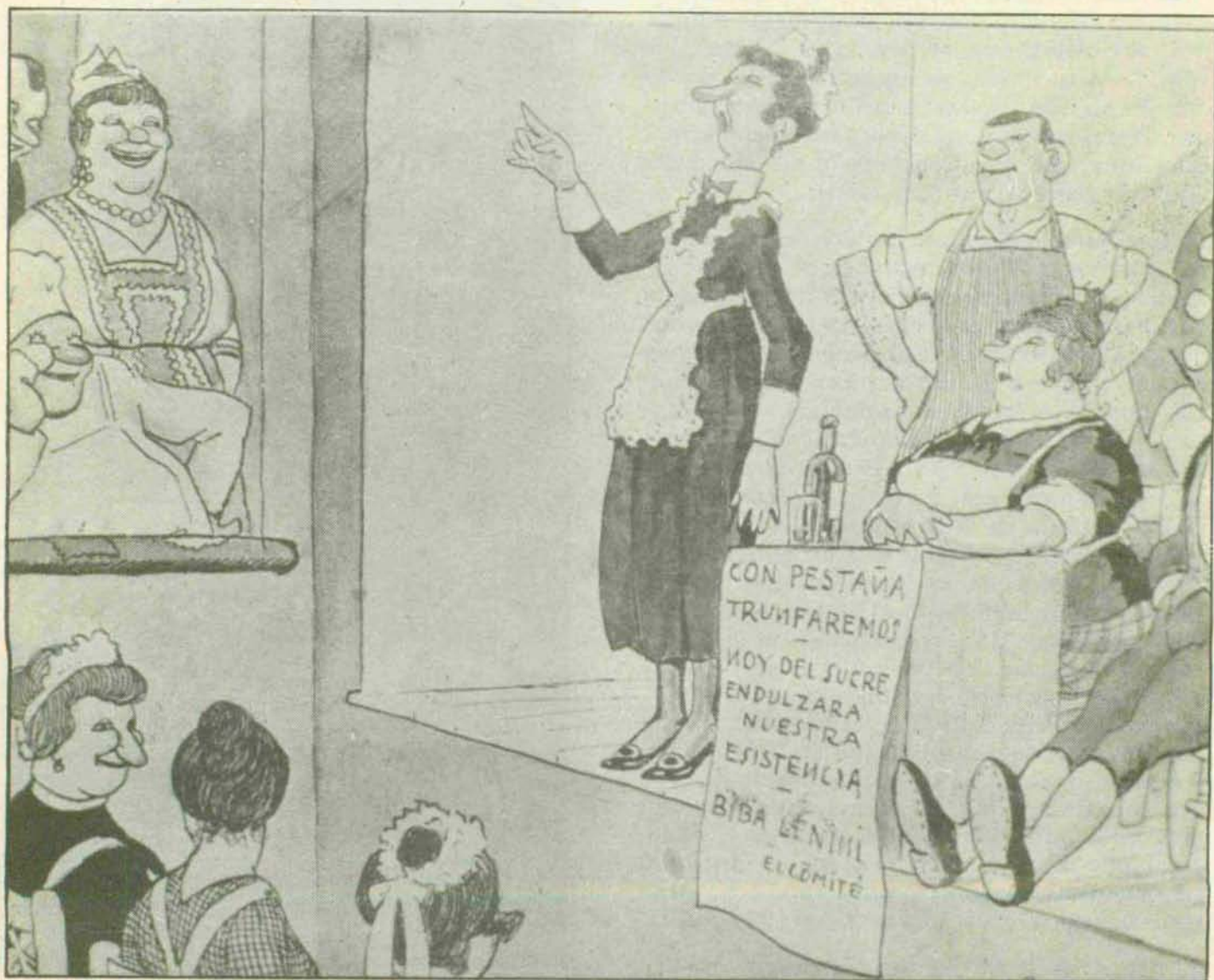
Por ese concepto de la libertad precisamente, el informe que Angel Pestaña pueda dar a su regreso a España es contrario a la adhesión confederal a la Internacional comunista.

brado en Madrid en 1919, la organización confederal, tras afirmar su fidelidad a los principios sostenidos por Bakunin en la Primera Internacional, declara que «se adhiere provisionalmente a la Internacional comunista por el carácter revolucionario que la informa» y designa diversos miembros para que asistan al congreso que la III Internacional va a celebrar en Moscú. De los delegados designados es Pestaña el único que puede llegar a la capital soviética, y participa activamente en el Congreso expresando con claridad su manera de sentir y pensar, polemizando con Trotski y Zinovief y entrevistándose con Lenin. Según Joaquín Maurin, «personalmente, Pestaña produjo una excelente impresión a los dirigentes comunistas, sobre todo a Lenin, que en seguida descubrió lo que Pestaña era: un obrero inteligente y puritano, dotado de un gran don de observación y sentido crítico, para quien la idea de la libertad era la piedra angular de su edificio ideológico». Por ese concepto de la libertad precisamente, el informe que Angel pueda

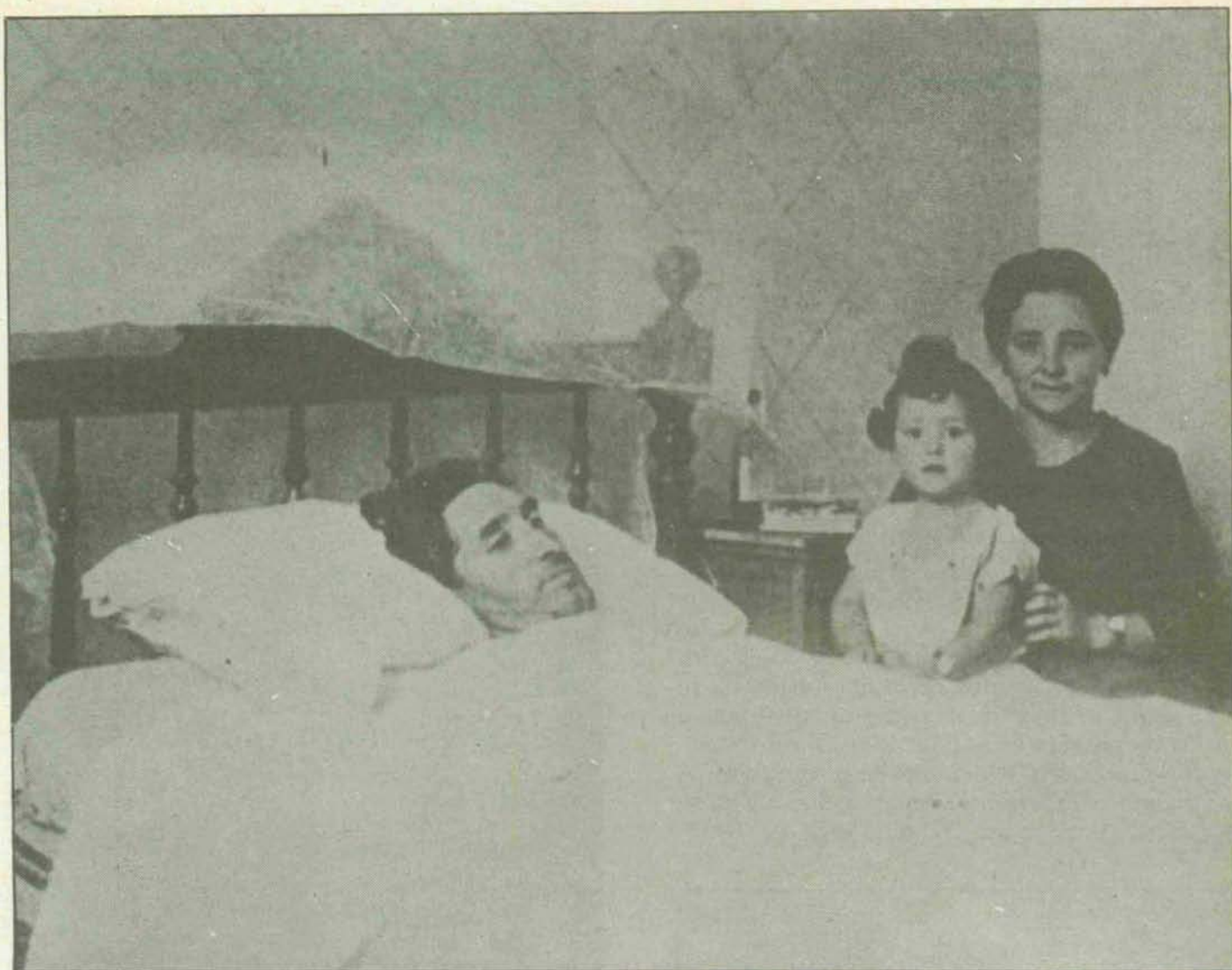
dar a su regreso a España es contrario a la adhesión confederal a la Internacional comunista.

## PESTAÑA Y EL TERRORISMO BARCELONES

Las luchas sociales barcelonesas tienen una sangrienta derivación durante la guerra europea y esencialmente a su final. Para hacer frente a las demandas obreras, la patronal catalana, fabulosamente enriquecida en pocos años, utiliza toda clase de procedimientos. Contra las huelgas proletarias, recurre a los «lock-out» con los cuales trata de someter por hambre a los trabajadores organizados. Protegida por las autoridades, cuando los «lock-out» resultan impotentes para frenar los ímpetus revolucionarios, se sirve lisa y llanamente del crimen. Bandas de espías y saboteadores que durante la contienda europea han servido los intereses de Francia o Alemania, encabezadas por el falso barón de Koning y el co-



Pestaña participa en las negociaciones con la U. G. T. que en diciembre de 1916 desencadenan en toda España una huelga general que tiene pleno éxito. (Dibujo satírico de la época).



El mismo Angel Pestaña cae gravemente herido en un atentado perpetrado contra él en Manresa. (Pestaña en el hospital, visitado por su mujer y su hija).

misario de policía Bravo Portillo, se encargan mediante un precio determinado y un seguro de impunidad de ir eliminando a los elementos más destacados y combativos del sindicalismo barcelonés. En pocos años más de ciento cincuenta trabajadores son asesinados en las calles de Barcelona. Entre los que mueren frente a sus pistolas están algunos abogados como Francisco Layret, pero esencialmente líderes obreros de la talla de Evelio Boal, José Canela y Salvador Seguí. El mismo Angel Pestaña cae gravemente herido en un atentado perpetrado contra él en Manresa. Los pistoleros, que en un principio le dan por muerto, tratan de rematarle después en el hospital en que es curado, e incluso montan día tras día la guardia en torno al edificio para que no pueda escapar. (Pestaña se salva, aparte de la equivocación primera de los asesinos, porque el diputado socialista Indalecio Prieto, enterado de lo que sucede, acude a Sanchez Guerra, presidente del Gobierno a la sazón, con una denuncia concreta sobre la conducta de los generales Martínez Anido y Arlegui, organizadores de los crí-

menes, que el político conservador destituye telegráficamente).

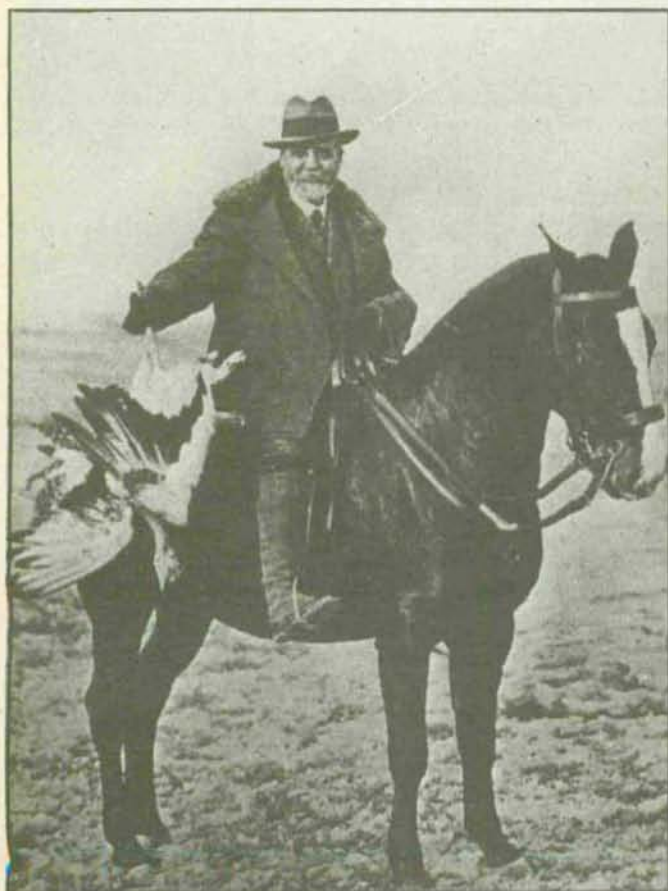
Al triunfar la dictadura de Primo de Rivera, quizá porque la U. G. T. y los socialistas rechazan la sugerencia confederal de una huelga general en toda España, la C. N. T. es perseguida sañudamente, siendo clausurados sus locales y detenidos la mayoría de sus militantes. Pestaña, que pasa largas temporadas de encierro, sigue laborando en la clandestinidad. Cuando cae la Dictadura, la organización recobra su fuerza con inusitada rapidez, y el general Mola, director general de Seguridad con la «Dictablanda» de Berenguer, lo comprueba en una entrevista que celebra con Pestaña a comienzos de 1930. Una vez desaparecida la Monarquía, la Confederación reúne, en el mes de junio de 1931, y en el teatro del Conservatorio de Madrid, su III Congreso. Pestaña, como secretario del Comité Nacional, tiene una destacada intervención en el Congreso, que marca una profunda divergencia en el seno de la organización.

La divergencia se acentúa en meses sucesivos.

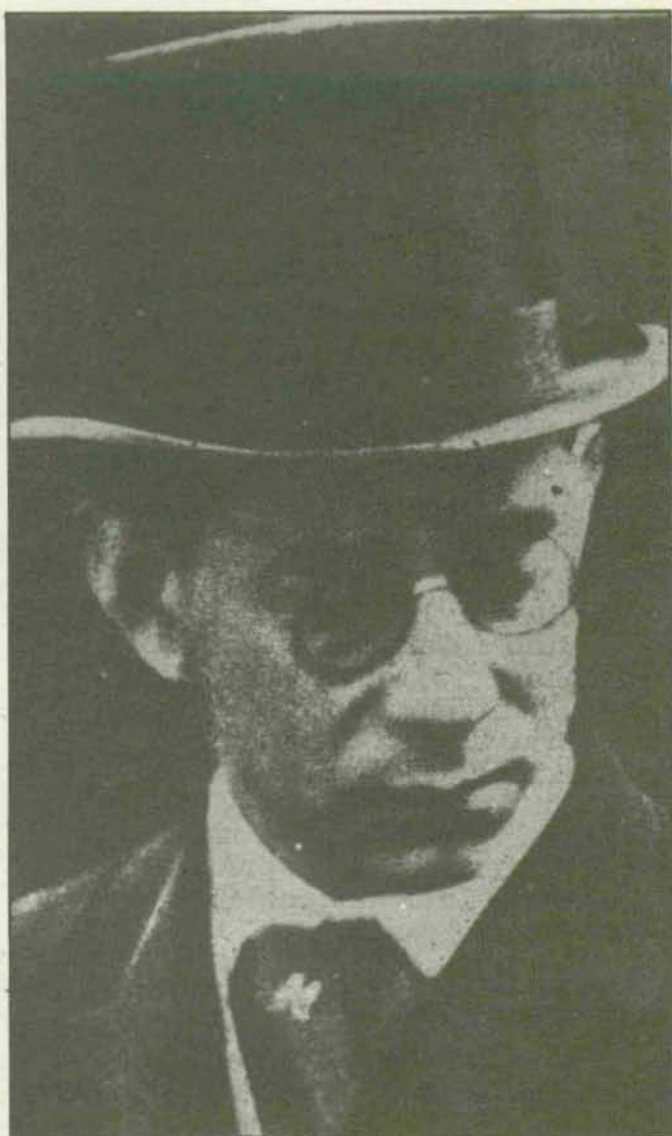


Pestaña se salva, aparte de la equivocación primera de los asesinos, porque el diputado socialista Indalecio Prieto —en la foto—, enterado de lo que sucede, acude a Sánchez Guerra con una denuncia concreta sobre la conducta de los generales Martínez Anido y Arlegui.

De un lado están los elementos moderados, contrarios a las tendencias revolucionarias de la F. A. I., que sostienen que el país no está maduro para la revolución social; de otro, cuantos consideran que la organización debe responder violentamente a la violencia que contra ellos se emplea desde el poder. A comienzos de 1932,



Sánchez Guerra, Presidente del Gobierno a la sazón, destituye telegráficamente a los generales Martínez Anido y Arlegui, tras la denuncia de Prieto. (En la foto, don José Sánchez Guerra).



Cuando cae la Dictadura, la C. N. T. recobra su fuerza con inusitada rapidez, y el general Mola —en la foto—, Director General de Seguridad con la «Dictablanda» de Berenguer, lo comprueba en una entrevista que celebra con Pestaña a comienzos de 1930.

luego de la intentona del Alto Llobregat, Pestaña suscribe, en unión de Peiró y otros veintiocho militantes, el llamado Manifiesto de los Treinta. El famoso manifiesto determina a los pocos meses una escisión en el movimiento libertario; pero contra lo que esperan los firmantes del mismo, no les sigue sino una parte muy minoritaria de los sindicatos. La escisión concluye en el IV Congreso de la C. N. T. celebrado en Zaragoza en mayo de 1936, con la reincorporación a la disciplina confederal de los llamados sindicatos de oposición.

Angel Pestaña no está entre los que reingresan. Dos años antes, en 1934, ha fundado una organización, el Partido Sindicalista, personalmente convencido de la necesidad de actuar con todas sus consecuencias en el terreno político. Su decisión provoca violentas polémicas que no han cesado en los cuarenta y cuatro años transcurridos desde entonces. Su actitud no tiene nada de novedad, ya que anteriormente han procedido en

forma semejante otros militantes confederales —Salvador Quemades y Martín Barrera, por ejemplo—, si bien Pestaña es más conocido dentro y fuera de España; en cualquier caso, ninguno logra modificar la trayectoria confederal que continúa siendo apolítica.

Son relativamente escasos los militantes conocidos que, siguiendo a Pestaña en su evolución, abandonan el anarquismo para incorporarse a las luchas políticas electorales y democráticas. Dicha evolución, que dada la indudable honestidad del personaje, puede ser comprensiblemente defendida por muchos, piensen o no como él, resta validez al subtítulo de la biografía de Lera. En efecto, parecería más lógico que en lugar de «retrato de un anarquista» —que Pestaña fue indudablemente durante la mayor parte de su existencia— se titulara «retrato de un sindicalista», que el biografiado no dejó de ser en ningún instante. Se trata de una cuestión secundaria, pero que dará lugar a no pocas discusiones. Como lo dará la opinión de que sólo aplazando la revolución se podía ganar la guerra en 1936, cuando a todos nos consta lo que sucedió al final, entre otras razones por haberla aplazado. ■ E. de G.



A comienzos de 1932, luego de la intentona del Alto Llobregat, Pestaña suscribe, en unión de Peiró —en la foto— y otros veintiocho militantes, el llamado manifiesto de los Treinta.



Son los cincuenta y dos años que vive Angel Pestaña acaso los más plétóricos de acontecimientos de toda nuestra historia moderna. (Entierro de Pestaña, de izquierda a derecha: Companys, Martínez Barrios, Indalecio Prieto, Casanovas y Julián Zugazagoitia).